

## SOBRE LA LARGA TRANSICIÓN

Nicolás Sesma

(Universidad de Grenoble Alpes)

Santos Juliá, *Transición. Historia de una política española (1937-2017)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017, 656 pp. ISBN: 9788416734771

Sin duda uno de los historiadores españoles más influyentes de las últimas décadas, Santos Juliá ha construido una extensa obra centrada en el análisis de las problemáticas peninsulares, pero siempre al compás de las distintas corrientes imperantes en la historiografía a nivel global. De esta forma, el creciente retorno de la *longue durée* de ascendencia francesa como marco cronológico de referencia, por un lado, y la tendencia anglosajona a privilegiar la organización de una investigación en torno a un concepto nodal a partir del cual pueda articularse la argumentación, por el otro, se encuentran en el origen de esta *Transición. Historia de una política española (1937-2017)*, publicada de manera impecable por Galaxia Gutenberg dentro de su colección de Ensayo. Si a esta ambición metodológica le sumamos además la exhaustividad de las fuentes utilizadas y la vocación interdisciplinar característica del autor (*Historia social. Sociología histórica*, Madrid: Siglo XXI, 1989), podremos únicamente concluir que, más allá del acuerdo o rechazo que susciten sus planteamientos, estamos ante un libro llamado a convertirse en lectura y punto de referencia ineludibles para la comprensión de nuestra historia reciente.

Y es que el término «transición» había sido atribuido a diversas situaciones políticas y acotado cronológicamente de muy distintas maneras, pero en ningún caso se había tomado como punto de partida los meses finales de 1936 y primeros de 1937, es decir, en plena guerra civil española. Fue en aquellos momentos cuando vieron la luz toda una serie de iniciativas, a cargo tanto del presidente de la República, Manuel Azaña (*Vida y tiempo de Manuel Azaña, 1880-1940*, Madrid: Taurus, 2008), como de varios Comités por la paz radicados en Francia y de signo católico,

destinadas a favorecer una mediación internacional que pusiera fin a las hostilidades y diera paso a un «régimen de transición» o «periodo de transición» (p. 30), durante el cual se organizara alguna forma de consulta popular para decidir el futuro del país. En la interpretación de Santos Juliá, la idea de una «transición» se convirtió desde entonces en el núcleo central que, sin solución continuidad, se encontraba subyacente a todos y cada uno de los proyectos políticos que, desde el exilio y, mucho más tarde, también desde el interior, intentaron clausurar la fractura provocada por la guerra y promover la reconciliación nacional. Una vez restablecido el sistema parlamentario con el consabido tránsito desde la dictadura franquista –«la Transición», así, con mayúscula, propiamente dicha–, no por ello dejó esta idea de seguir muy presente en la escena pública, ya fuera como expresión del desencanto, como sujeto de su propia mitificación, crítica y revisión y en el creciente debate sobre el olvido y la memoria histórica, amén de en las sucesivas hojas de ruta partidistas lanzadas como una necesaria e inevitable «segunda transición», reflejo todo ello de la utilización del pasado para objetivos políticos del presente.

En muchos sentidos, «transición» sirve así al autor de hilo conductor para realizar un recorrido intelectual en el que se revisitan buena parte de sus preocupaciones sobre la historia española contemporánea, desde el difícil proceso de construcción de un Estado asentado en la modernidad democrática frente a las persistencias del antiguo régimen (*Historias de las dos Españas*, Madrid: Taurus, 2004), pasando por la enorme pluralidad de propuestas, corrientes ideológicas y proyectos políticos existentes en cada una de dichas concepciones (*Nosotros, los abajo firmantes. Una historia de España a través de manifiestos y protestas (1896-2013)*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2014), hasta una actualidad marcada por el giro lingüístico y la primacía del relato (*Hoy no es ayer. Ensayos sobre historia de España en el siglo XX*, Barcelona: RBA, 2010).

Para tamaño viaje, el autor compone una obra de estructura clásica, articulada en una secuencia fundamentalmente cronológica, en especial en los compases iniciales, dedicados a analizar las citadas iniciativas de mediación durante la guerra, la evolución de la escindida oposición antifranquista y su compleja convergencia y las correlaciones de fuerzas en el interior (capítulos 1 al 7), pero que va dando paso a una mirada más temática al abordar el proceso de Transición política abierto a la muerte del dictador, agrupado en tres secciones (significativamente tituladas «Libertad», «Amnistía» «y Estatutos de Autonomía», capítulos 8 al 10) salpicadas de *excursus* que se prolongan en ocasiones hasta la actualidad, una actualidad que, introducida por el consabido «Desencanto»

(capítulo 11), ocupa los dos epígrafes finales (capítulos 12 y 13). A pesar del detenimiento con el que documentos, acuerdos y declaraciones son desentrañados, el ritmo no decae y nunca se pierde el hilo de la narración, algo que se agradece al afrontar un libro de factura tan compleja y que cuenta más de seiscientas páginas.

Resulta difícil determinar qué pasajes merecerían destacarse del conjunto. No obstante, es sin duda apasionante el seguimiento que reciben los partidos políticos e instituciones republicanas en el exilio. Sus tribulaciones son objeto de una cuidada interpretación, destilada a partir de un gran trabajo de análisis tanto de sus posicionamientos públicos como de las fuentes diplomáticas británicas y norteamericanas, testimonio de maratónicas negociaciones y gestiones irremediabilmente infructuosas. En este sentido, termina siendo descorazonador comprobar el empecinamiento –y, sería hora ya de reconocerlo, la candidez– de los dirigentes republicanos en defender la legitimidad democrática de sus reclamaciones ante el cínico pragmatismo de las potencias aliadas, cuyas preferencias, con independencia del signo de sus gobiernos y de espaldas a la opinión de sus respectivas poblaciones, pronto se inclinaron hacia el hecho consumado de la supervivencia franquista. Después de que, en 1940, hubiera sido el propio Clement Attlee quien invitara a Juan Negrín a abandonar Gran Bretaña para no entorpecer las relaciones entre el Imperio británico y la dictadura de Franco –tal y como se relata en el otro gran acontecimiento editorial de los últimos meses, *El cuaderno secreto* de Iván Maiski, antiguo embajador soviético en Londres–, las autoridades republicanas podrían haber aprendido la lección de cara a la posguerra mundial. No lo hicieron, y un convencido internacionalista como Fernando de los Ríos, en calidad de ministro de Estado del gobierno republicano, tuvo que soportar que uno de los miembros del recién creado Consejo de Seguridad de Naciones Unidas le recordara lo siguiente: «Usted sabe muy bien que si cuando tenían ustedes oro les ayudaron pocos y mal, ahora que no tienen oro ni plata, no les ayudaría nadie» (p. 116).

Del mismo modo, el juego de confusiones de los sectores monárquicos es retratado de manera brillante. Así, y como se señala con acierto «todavía a buen trecho de distancia de la democracia» (p. 261), los partidarios de la monarquía nunca terminaron de definir claramente una línea política coherente y sostenida en el tiempo, ni desde el exilio ni desde el interior. En el primer caso, como fruto en buena medida de la errática dirección de Juan de Borbón, que acariciaba con una mano el lomo del dictador mientras tendía la otra a la negociación con el socialismo accidentalista –al que tampoco fue capaz de ofrecer nada que se alejara realmente de las cartas otorgadas del monarquismo

decimonónico (p. 91)–, de tal forma que aparece retratado como lo que era: un oportunista político y un perfecto inepto. En el segundo caso, las discusiones sobre la naturaleza de la futura monarquía, descartado el modelo absolutista y, por supuesto, el liberal-parlamentario, considerado una mera antesala para el retorno de la República, terminaban siempre por decantarse hacia una vaporosa «Monarquía tradicional de España», que pasaba por aceptar la regencia vitalicia y decisoria de Franco en el marco de los principios del Movimiento Nacional (p. 256).

La trayectoria de unos y otros pone sin duda de manifiesto cómo cualquier posicionamiento político terminaba necesariamente remitiendo a la experiencia de la guerra civil, «el acontecimiento histórico más importante de la España contemporánea», como recuerda Santos Juliá tomando las palabras de Juan Benet (p. 17). Para los antiguos integrantes del bando republicano, cuya fragmentación en torno a qué actitud adoptar respecto al Partido Comunista era también una herencia directa de las heridas del conflicto, resultó siempre impensable que pudiera hacerse tabula rasa de un golpe de Estado contra un gobierno legítimo. Para la coalición nacionalista en el poder, la victoria en la guerra era, precisamente, un punto de partida inexcusable y la razón última de su lealtad indestructible hacia Franco y su régimen, edificado sobre la triple burocracia de las fuerzas armadas, del partido único –incluido al fin como parte del núcleo esencial de la dictadura y no como mero objeto decorativo– y de la Iglesia católica (p. 385). La guerra civil se encontraría asimismo, por la voluntad de no repetirla, en el origen de la aceptación de la necesaria reconciliación nacional.

Nos encontramos, pues, ante una obra ambiciosa y con vocación de aportar conclusiones definitivas. No obstante, a nuestro juicio cabría plantearle una doble objeción, de fondo y de forma. Así, pese a que ya hemos mencionado la solidez con la que se encuentra trabada la argumentación, la idea de que una hoja de ruta para la Transición se encontraba ya anticipada en las pioneras iniciativas del presidente Azaña no deja de ser una tesis de fondo muy arriesgada. Y es que todo proceso de transición gira necesariamente en torno a los mismos elementos –forma de gobierno, consulta plebiscitaria, sistema electoral y de partidos, restauración constitucional o etapa constituyente, leyes de amnistía o procesos de depuración, actitud de las fuerzas armadas, etc.–, por lo que el hecho de que aparecieran ya enunciados no implica automáticamente la existencia de una estrategia continuada. De esta forma, lo importante no sería tanto la apelación a determinados conceptos sino el contenido concreto que se les diera en términos prácticos. La insistencia en que el gobierno Suárez –más allá del mérito que deba reconocérsele– hizo suyo el «lenguaje que fue hasta ese momento

patrimonio de la oposición» (p. 425), apoyada en un análisis prácticamente filológico, no parece por lo tanto suficiente para que pueda deducirse, como sugiere el autor, que las medidas reformistas mantenían la esencia política de aquellas primeras propuestas.

Con todo, el mayor problema es la fractura formal que suponen los dos capítulos finales del libro, relativos, como ya mencionamos, a la más palpitante actualidad, y en los que la mirada del historiador se ve crecientemente eclipsada por la del comentarista político. En este sentido, la ironía que salpica inicialmente el texto acaba convirtiéndose en una constante retranca que termina por lastrar las explicaciones, y en la que se desliza una cierta preeminencia de quien interpreta los acontecimientos sobre quien los protagonizó en su día, algo discutible desde el punto de vista metodológico. Sin duda, el hecho de que el autor haya sido con frecuencia identificado, injustamente a nuestro entender, como el guardián de un hipotético relato mitificado de la Transición ha contribuido a la adopción de esta perspectiva. Sin embargo, difícilmente podrán así sosegarse las discusiones sobre el significado y las consecuencias del proceso de Transición, a menudo cargadas de un notable componente personal y de brecha generacional, puesto que, como recordara José Ortega y Gasset, «para persuadir es menester antes seducir».

